

EDITORIAL

El día 2 de abril del 2005 a las 21.37 se dormía en el Señor Su Santidad Juan Pablo II. Su muerte ocurría mientras toda la Iglesia oraba por él, acompañándole en su serena y dolorosa agonía. Esto era especialmente tangible en la plaza de San Pedro donde miles de personas —muchas de ellas jóvenes— rezaban el Santo Rosario. A ellas estaban unidas millones de personas en todo el mundo a través de los medios de comunicación social. Había comenzado ya la noche en la Ciudad Eterna y se habían encendido las luces. Las tres ventanas de los apartamentos papales, encendidas, eran una llamada universal a acompañar al Papa en su sufrimiento y en su tránsito. Se habían celebrado ya las Vísperas del Domingo dedicado a celebrar la Divina Misericordia.

Como se recuerda en el *Rogito* que se introdujo en el ataúd, Juan Pablo II fue el Papa 264. Nació en Wadowice el 18 de mayo de 1920 y fue bautizado dos días después. Recibió la primera Comunión a los 9 años y la Confirmación a los 18. Al interrumpir sus estudios universitarios a causa del cierre de la Universidad por las fuerzas de ocupación, trabajó en una cantera y, después, en la fábrica química Solvay. A partir de 1942, sintiéndose llamado al sacerdocio, estudió en el Seminario clandestino de Cracovia. Recibió la ordenación sacerdotal de manos del Cardenal Adam Sapieha el 1 de noviembre de 1946. Se doctoró en teología en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino (Roma) en 1948 con una tesis dedicada a la doctrina sobre la fe en la enseñanza de San Juan de la Cruz. El 4 de julio de 1958, el Papa Pío XII lo nombró obispo auxiliar de Cracovia. Su Santidad Pablo VI le destinó a esa misma sede como arzobispo en 1964. Como tal intervino en el Concilio Vaticano II, trabajando especialmente en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. El Papa Pablo VI le creó cardenal el 26 de junio de 1967. El 16 de octubre de 1978 fue elegido Papa; el 22 de ese mismo mes, domingo, comenzó solemnemente el ejercicio de su ministerio petrino.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido uno de los más largos e intensos de la historia de la Iglesia. En el arco de tiempo que abarca su pontificado, Juan Pablo II ha asistido a muchos cambios sociales y políticos. Entre ellos destaca la caída de los regímenes comunistas del Este europeo, un cambio liberador al cual, según muchos analistas, él mismo contribuyó en una medida importante. Su amor por los jóvenes le llevó a celebrar numerosas y multitudinarias Jornadas Mundiales de la Juventud. Ha promovido con perseverancia y sensibilidad el ecumenismo y el diálogo con los judíos y con los representantes de las demás religiones, convocándoles a encuentros de oración por la paz. Ha llevado a término la reforma de los Códigos de Derecho Canónico Occidental y Oriental siguiendo las indicaciones del Concilio Vaticano II. Bajo su decidido impulso se ha redactado el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

La «entrada» de la Iglesia en el tercer milenio ocupó su mente desde los primeros días de su elección como Pontífice. Ya en la Encíclica *Redemptor hominis* (4.III.1979) entendió los años que faltaban para el tercer milenio como «un nuevo adviento» (n. 1) que se ofrecía no sólo para la Iglesia, sino también para toda la humanidad como llamada divina a una nueva esperanza. Juan Pablo II cuidó de que la Iglesia se preparase con esmero y viviese con piedad las celebraciones del tercer milenio.

Juan Pablo II ha promovido incesantemente la espiritualidad de la Iglesia con su propio ejemplo, con sus viajes, con su magisterio y especialmente en el ejercicio del ministerio de la santificación en la celebración de los sacramentos de la fe. En este terreno conviene tener presente la publicación de numerosos documentos relativos a la liturgia, desde la segunda edición del *Ordo lectionum Missae* (1981) hasta la publicación del *Martyrologium Romanum* (2004). Con este mismo propósito —promover la espiritualidad de la Iglesia—, Juan Pablo II ha dado un impulso extraordinario a las canonizaciones y beatificaciones con el fin de proponer ejemplos de la santidad de hoy, modelos numerosos y diversos, que sirvieran de estímulo a los hombres de nuestro tiempo. En la memoria histórica de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y de «Scripta Theologica» permanecerá imborrable, con la conciencia de una deuda de gratitud perenne, el hecho de que ha sido Su Santidad Juan Pablo II quien ha beatificado y canonizado a su Fundador y primer Gran Canciller: San Josemaría Escrivá de Balaguer.

La labor intelectual del Papa ha sido ingente ya desde sus años de profesor en Cracovia. El elenco de publicaciones realizadas en su país antes de la elección para el Supremo Pontificado ocupa ya muchas páginas (cfr. J.L. Lorda y P. Galas, *Bibliografía de Karol Wojtyła/Juan Pablo II*, ScrTh 36 [2004] 565-635). Entre estas obras destacan sus poesías, sus obras de teatro, sus estudios sobre el amor y la responsabilidad, su análisis de la doctrina del Concilio Vaticano II. Esta labor intelectual crece en profundidad y en universalidad en sus años de pontificado. Baste enumerar sólo los principales documentos: 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas, además de las catequesis en las audiencias generales y de las alocuciones pronunciadas en todas las partes del mundo.

Juan Pablo II ha dedicado tres Encíclicas al misterio trinitario (*Redemptor hominis* [4.III.1979], *Dives in misericordia* [30.IX.1980], *Dominum et vivificantem* [18.V.1986]); ha dedicado otras tres Encíclicas a las cuestiones sociales (*Laborem exercens* [14.IX.1981], *Sollicitudo rei socialis* [30.XII.1987], *Centesimus annus* [1.V.1991]); ha abordado vigorosamente las graves cuestiones morales de nuestra época en *Veritatis splendor* (6.VIII.1993) y *Evangelium vitae* (25.III.1995); ha tratado las comunes raíces cristianas de Europa en la Encíclica *Slavorum Apostoli* (2.VI.1985), y el ecumenismo en la Encíclica *Ut unum sint* (25.V.1995); ha analizado los fundamentos de la vocación misionera en la Encíclica *Redemptoris missio* (7.XII.1990), y se ha adentrado por la exposición del misterio de la maternidad de Santa María en la Encíclica *Redemptoris Mater* (25.III.1987); ha defendido con lucidez la capacidad de la razón humana en la Encíclica *Fides et ratio* (14.XII.1998). La última Encíclica que ha escrito es *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.1997), donde el pensamiento se centra en las mutuas relaciones entre la Iglesia y la Eucaristía. El elenco de las encíclicas es sólo una pequeña muestra de la amplitud del magisterio de Juan Pablo II. Se trata de un magisterio que ha dejado una profunda huella en nuestra cultura, y cuya importancia se irá percibiendo cada vez mejor, en su profundidad y en su «novedad», con el discurrir de la historia.

La enseñanza de Juan Pablo II es un referente moral insustituible en muchos campos. En los días que han seguido a su fallecimiento se ha hablado con frecuencia de su papel en el colapso del comunismo europeo. Es obvio que, en lo que al Papa respecta, este acontecimiento ha tenido lugar fundamentalmente por el gran vigor intelectual con que Juan

Pablo II llamó la atención sobre la dignidad de la persona humana y la connatural exigencia de libertad; por la fuerza moral con que supo interpelar a las conciencias, y por haber tenido el valor de desenmascarar los sofismas filosóficos en que esos regímenes se hallaban asentados.

Durante su primer viaje a Méjico, en el Discurso a la III Conferencia General del Episcopado latinoamericano reunida en Puebla de los Ángeles (28.I.1979), Juan Pablo II propuso como tarea fundamental a los Obispos allí reunidos predicar la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la misión de la Iglesia, la verdad sobre el hombre. La elección de estos tres temas como las cuestiones claves en las que era necesario insistir era ya un claro diagnóstico de la situación en que comenzaba la andadura de su pontificado. Quizás era también la mejor terapéutica a la ambigüedad de muchos planteamientos culturales de aquellos años.

La defensa de la verdad sobre el hombre y su dignidad ha sido un constante empeño en el quehacer magisterial de Juan Pablo II. En sintonía con la Constitución *Gaudium et spes*, Juan Pablo II ha insistido en la dignidad del hombre frente a todo intento de tratarlo como un elemento anónimo de la sociedad, y ha puesto de manifiesto la prioridad del individuo sobre el Estado. La lucidez con que el Papa ha defendido estas verdades forma parte esencial, quizás la más importante, de su aportación a la defensa de la libertad. La influencia del Papa en todos estos terrenos no habría sido tan decisiva sin el rigor filosófico y teológico en que fundamentaba su pensamiento y la coherencia con que proponía sus conclusiones. Algo análogo sucede con la enseñanza de las tres encíclicas dedicadas a las cuestiones sociales, que suponen un salto cualitativo en la doctrina social de la Iglesia en lo que respecta al ámbito de la economía y de la política.

El pensamiento antropológico de Juan Pablo II —la verdad sobre el hombre— encuentra su expresión más decidida y firme en el aprecio por la vida humana hasta el punto de que su doctrina filosófica y su doctrina teológica pueden definirse como un auténtico «evangelio de la vida». Para Juan Pablo II es claro que la vida humana está marcada esencialmente por el carácter de lo inviolable y sagrado. La antropología de Juan Pablo II alcanza sus rasgos más personales y creativos precisamente en su *teología del cuerpo*. Hay en el Papa una gran riqueza de pensamiento antropológico y una exquisita sensibilidad a la hora de valorar el delicado equilibrio y la estrecha unidad de la persona humana.

Uno de los rasgos indiscutibles del pensamiento de Juan Pablo II es su pasión por la verdad en toda su profundidad y en toda su universalidad. La afirmación del Señor *conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres* (Jn 8, 32) es un *ritornello* constante en sus escritos. Así se ve ya en el Discurso a la III Conferencia General del Episcopado latinoamericano en el que esta afirmación es colocada como frontispicio de todo el Discurso. Juan Pablo II está profundamente convencido de que existe un nexo de causa-efecto entre verdad y libertad. Sólo la verdad libera al hombre, porque la libertad del hombre se encuentra en Aquél que es la Verdad personalmente (cfr. Jn 14, 6). Dos grandes Encíclicas desarrollan este tema con especial detención: *Veritatis splendor* y *Fides et ratio*. La importancia que revisten para la teología y para la antropología es enorme.

Son muchos más los campos de la teología en que la aportación de Juan Pablo II reviste singular relevancia. Así sucede en forma especialmente palpable en la teología de la divina misericordia, en la pneumatología, en la mariología, en la eclesiología. Como se puede comprobar por la relación que se adjunta, «Scripta Theologica» ha prestado ya atención expresa a bastantes de estos temas, y seguirá haciéndolo.

La simple enumeración de los campos en los que la aportación intelectual de Juan Pablo II ha sido de relieve ocuparía bastantes párrafos más. Al redactar estas líneas, viene al recuerdo el Discurso que Juan Pablo II dirigió a los teólogos españoles en su primer viaje pastoral a España (Salamanca, 1.XI.1982). El Discurso es una propuesta llena de sugerencias sobre la figura del teólogo en la Iglesia y sobre el quehacer teológico. Era una propuesta que tenía en cuenta la naturaleza de la Teología y la situación concreta en la que los teólogos españoles debían desempeñar su función.

Juan Pablo II, que recuerda en el Discurso en la Universidad Complutense (Madrid, 3.XI.1982) que «el vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura en su mismo fundamento, ya que enseña a amar al hombre en su misma humanidad y en su dignidad excepcional» (n. 2), advierte que «si la teología ha necesitado siempre del auxilio de la filosofía, hoy día esta filosofía tendrá que ser antropológica, es decir, deberá buscar en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre de ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales

de la vida humana» (n. 3). Y todo esto con una exhortación estimulante a realizar el trabajo teológico con un espíritu de *creatividad* y con un propósito explícito de *fidelidad* a la misión de la Iglesia y a la propia historia teológica de España en la que abundan los maestros esclarecidos.

En la homilía de la Misa exequial (8.IV.2005), el Cardenal Joseph Ratzinger recordó a Juan Pablo II asomado a la ventana del Palacio Apostólico Vaticano el último Domingo de Pascua cuando impartía la bendición *Urbi et Orbi* por última vez. Concluía sus palabras diciendo: «Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendíganos, Santo Padre». También desde «Scripta Theologica» pedimos a Su Santidad Juan Pablo II que nos bendiga y acompañe desde el cielo.

* * *

En la tarde del 19 de abril, con la acogida jubilosa de los miles de personas que estaban en la Plaza de San Pedro y de los millones que estaban pendientes del Cónclave a través de los *mass media*, el Cardenal Jorge Medina anunciaba que el nuevo Papa, el que hace el número 265, era el Cardenal Joseph Ratzinger, y que había tomado como nombre el de Benedicto XVI.

Su Santidad Benedicto XVI, nació en Marktl am Inn, en la diócesis de Passau (Alemania), el 16 de abril de 1927. Aquel año ese día era *Sábado de gloria*. Según la liturgia de la época, las ceremonias de la Vigilia Pascual, que ahora se celebran al caer la tarde, se celebraban anticipadamente, en la mañana del sábado; de ahí el nombre de *Sábado de gloria*. Joseph Ratzinger recibió ese mismo día el sacramento del Bautismo, en las aguas que acababan de ser bendecidas. El bautizo tenía lugar a las cuatro horas de su nacimiento. Comentando estos detalles, el Prof. Pedro Rodríguez hacía notar en su *laudatio* del Cardenal Joseph Ratzinger con motivo de su nombramiento como Doctor *honoris causa* por la Universidad de Navarra que el Cardenal siempre vio en esa jornada pascual de su bautizo un símbolo de la posición del cristiano en el camino de la vida terrena: un vivir «en las puertas de la Pascua, pero sin haber entrado todavía»¹. Esta

1. *Laudatio* pronunciada por el Decano de Teología de la Universidad de Navarra en el solemne acto académico de la colación del Doctorado en Teología «honoris causa» al

visión influye también poderosamente en su teología de la historia y en el sereno optimismo con que ha contemplado siempre los dramáticos acontecimientos históricos que le ha tocado vivir.

La visión de la historia que tiene Joseph Ratzinger, que ha cultivado con gran atención los estudios de escatología, es una visión llena de esperanza y de seguridad en el poder salvador de Cristo. Es una visión que está toda ella traspasada por el mensaje de la mañana de Pascua: ¡Resucitó! ¡No está aquí! (cfr. Mt 28, 6). Este espíritu pascual ha aflorado en las diversas alocuciones que Su Santidad Benedicto XVI ha pronunciado estos días, desde la homilía en la Misa Funeral por Su Santidad Juan Pablo II hasta la homilía pronunciada en la Plaza de San Pedro con motivo del inicio de su Pontificado (24.IV.2005). Incluso en las breves palabras de saludo pronunciadas desde el balcón de la Plaza de San Pedro en la tarde del 19 de abril menciona explícitamente la seguridad y el gozo que brotan de la fe en la Resurrección del Señor: «En la alegría del Señor resucitado, dijo, confiados en su ayuda permanente, sigamos adelante».

El Cardenal Joseph Ratzinger llega a la Sede de Pedro cargado de trabajos y de frutos. Siguiendo la misma imagen que él utilizó en las palabras pronunciadas desde el balcón de la plaza de San Pedro el día 19, él es «un obrero de la viña del Señor». Hay que añadir inmediatamente que es un obrero que ha trabajado intensamente, durante muchos años, con fidelidad y eficacia. También con gran humildad y con un gran desprendimiento personal. Él pertenece con toda justicia al elenco de los prestigiosos teólogos de los años de postguerra, a aquellos que aportaron su sabiduría al Concilio Vaticano II. Sobre él ha recaído la apasionante tarea de velar por la fidelidad al Concilio a la hora de ponerlo en práctica en los años del pontificado de Juan Pablo II.

La formación sacerdotal de Joseph Ratzinger tuvo lugar en los Seminarios de Traunstein y de Freising. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1951. El año 1953 obtuvo el doctorado en Teología por la Universidad de Munich con la disertación titulada *Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de San Agustín*. Cuatro años más tarde ob-

Cardenal Joseph Ratzinger (cfr. *Palabras pronunciadas por el Prof. Pedro Rodríguez en elogio del Emmo y Revmo. Cardenal Joseph Ratzinger*, ScrTh 30 [1988] 381-382). El lector encontrará publicados en ese número de «Scripta Theologica» todos los discursos pronunciados en esta ocasión, incluida la lección que pronunció el Sr. Cardenal, cuyas palabras revisten, como es lógico, una significatividad especial.

tuvo la «habilitación» para la enseñanza con un trabajo titulado *La Teología de la Historia de San Buenaventura*. Estos dos primeros trabajos, ampliamente conocidos desde su primera edición, constituyen un buen exponente del itinerario teológico seguido por su Autor: el conocimiento profundo de la Iglesia antigua (San Agustín) y del pensamiento medieval (San Buenaventura); su interés preferente por la eclesiología, por la teología de la historia y por la escatología. Esto le permite adentrarse en el estudio de la complejidad contemporánea contando con unos valiosísimos puntos de referencia que le acompañarán durante toda la vida.

Los años que siguen a estos primeros trabajos están llenos de una intensa actividad docente. Joseph Ratzinger enseña Teología en la escuela superior de Filosofía y Teología de Freising de 1957 a 1959, en Bonn de 1959 a 1969, en Münster de 1963 a 1966 y en Tubinga, de 1966 a 1969. En 1969 pasa a ser catedrático de Dogmática e Historia del Dogma en la Universidad de Ratisbona y Vicerrector de esa misma Universidad.

En los años de su docencia en Bonn tiene lugar un hecho decisivo para la vida de la Iglesia y para el itinerario teológico y espiritual del brillante Profesor Ratzinger: el Concilio Vaticano II. Joseph Ratzinger asiste al Concilio, primero en calidad de consultor teológico del Cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia, y luego como perito nombrado por el Santo Padre. Trabajó decisivamente en los grupos de trabajo que preparaban las Constituciones *Lumen gentium* y *Dei Verbum*. El actual Benedicto XVI es, pues, un conocedor directo de lo acontecido en el Concilio: de su letra y de su espíritu. Nada de extraño tiene que ya, desde sus primeras intervenciones como Sucesor de Pedro, haya mencionado el cumplimiento de las enseñanzas del Concilio Vaticano II como uno de los objetivos centrales de su Pontificado. «Quiero reafirmar con fuerza, dice en su primer mensaje pronunciado al final de la Misa concelebrada junto a los Cardenales en la Capilla Sixtina, la voluntad decidida de proseguir en el compromiso de realización del Concilio Vaticano II, siguiendo a mis predecesores y en continuidad fiel con la tradición de dos mil años de la Iglesia».

Joseph Ratzinger permanece en Ratisbona hasta 1977, año en que Su Santidad Pablo VI lo llama a suceder al Cardenal Döpfner como Arzobispo de Munich. Pocos meses después, el mismo Pablo VI lo hace Cardenal de la Iglesia Romana. Desde este momento, su cooperación con los trabajos de la Sede de Roma va en aumento. El Cardenal Ratzinger fue relator en la V Asamblea General del Sínodo de los Obispos

(1980) sobre el tema: *Los deberes de la familia cristiana en el mundo contemporáneo*, y Presidente delegado de la VI Asamblea sinodal (1983) sobre *Reconciliación y penitencia en la misión de la Iglesia*.

El 25 de noviembre de 1981 Su Santidad Juan Pablo II lo nombra Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Presidente de la Pontificia Comisión Bíblica y de la Pontificia Comisión Teológica Internacional. Entre los innumerables trabajos que desempeña durante su dedicación a la Curia Romana descuellan los realizados como Presidente de la Comisión para la preparación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, que tras seis años de trabajo (1986-1992) pudo presentar al Santo Padre el texto del nuevo Catecismo. El 30 de noviembre de 2002 Su Santidad Juan Pablo II aprobó la elección del Cardenal Ratzinger como Decano del Colegio Cardenalicio realizada por los Cardenales del Orden de los Obispos. En su calidad de Decano ha presidido el Colegio Cardenalicio en los días de Sede vacante, y ha pronunciado la homilía en la Misa funeral por Su Santidad Juan Pablo II y la homilía de la Santa Misa celebrada como apertura del Cónclave; ambas de una gran densidad y sencillez.

«Scripta Theologica» ofrece a sus lectores el texto completo de ambas homilías en las que, indiscutiblemente, el Cardenal Ratzinger propone aspectos esenciales y permanentes de su pensamiento. También ofrece el mensaje de Su Santidad Benedicto XVI al término de la concelebración eucarística con los Cardenales que hemos citado, y la homilía pronunciada en la Misa de inicio de su pontificado. Se trata de textos que, aunque ya sean conocidos, merecen una lectura sosegada y atenta. Su Santidad trata en estos textos temas y cuestiones que indiscutiblemente serán claves en su pontificado. En estas primeras intervenciones, Benedicto XVI destaca vigorosamente su profunda conciencia de que la Iglesia es sacramento de la unidad de los hombres con Dios y de todo el género humano. Destaca también la importancia de la Sagrada Eucaristía y de la santidad del sacerdocio. Destaca en forma particularmente vibrante su pasión por la unidad, una pasión que va unida indisolublemente al amor por la verdad y a la importancia que otorga a la memoria histórica y a su «purificación».

Al concluir este Editorial, llenos de gozo y de esperanza por el nuevo Pontífice, evocamos emocionadamente aquellas jornadas del 29 de enero al 3 de febrero de 1998 en las que el entonces Cardenal Joseph Ratzinger compartió con nosotros la vida universitaria. Durante esos días vivió en el Colegio Mayor Belagua, paseó con frecuencia por el *campus* univer-

sitario, dedicó muchas horas al estudio, y mantuvo numerosos coloquios y encuentros con profesores y alumnos de la Universidad de Navarra.

«Ante un acontecimiento como el de hoy, decía en el comienzo del Discurso de investidura como Doctor *honoris causa*, surge inevitablemente una pregunta: ¿qué es propiamente un doctor en Teología? Y, en mi caso, además, una pregunta muy personal: ¿tengo yo derecho a considerarme como tal? ¿Respondo yo al criterio que con esa dignidad se significa? Quizás pudiera plantearse, en este sentido, para muchos una objeción sería respecto de mi persona: ¿el cargo de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe —al que hoy gusta caracterizar de nuevo (y con esto también criticarle) con el título de “Inquisidor”— no estaría quizás en cierta contradicción con la esencia de la ciencia y, por tanto, también con la naturaleza de la Teología?» (ScrTh 30 [1998] 387-378).

Planteada la cuestión con tanta claridad y justeza, la respuesta del nuevo Doctor fue una disertación llena de claridad y equilibrio en torno a la naturaleza de la Teología y a sus relaciones con el Magisterio de la Iglesia. Su disertación estuvo también llena de sinceridad, de amor por la verdad, y de respeto por la naturaleza de las cosas, especialmente, como es lógico, por la naturaleza y los métodos del quehacer teológico. Las palabras del Cardenal Ratzinger no fueron palabras de circunstancias. Tampoco lo fueron las pronunciadas por el Gran Canciller, Monseñor Javier Echevarría, en su Discurso de bienvenida a los nuevos Doctores. Este Discurso propone todo un programa de buen hacer universitario. En él exhorta, entre otras cosas, a poner un mayor empeño por conseguir «una aspiración que nos es muy querida en esta Universidad de Navarra: la armonía de las ciencias, que —cuando se cultivan con pasión y honradez, con amor a la verdad y competencia profesional— conducen necesariamente a Dios, Verdad suma y Fin último de la Creación» (ScrTh 30 [1998] 396).

La limpia trayectoria de quien fue un prestigioso Profesor universitario y ahora la Providencia divina ha constituido en Sucesor de Pedro; el recuerdo de los días felices y cargados de significado en que le tuvimos entre nosotros; las palabras del Gran Canciller en el Discurso citado; todo ello constituye un luminoso estímulo para proseguir en el esfuerzo por cultivar los diversos campos de la Teología «con pasión y honradez, con amor a la verdad y competencia profesional». Éste será indiscutiblemente el modo más «natural» y «propio» de acompañarle en su labor de Pontífice y Pastor.